

en 306 (918) al enemigo en dos batallas á pesar de la excelente posición que los cristianos ocupaban. La muerte de Ibn Abi Abda quedó vengada, pero Abderraman no se contentó con este resultado. En el año siguiente tuvo ocupado Scha'afar, hijo de Omar Ibn Hafson, pero en 308 (920) condujo en persona una expedición á la cuenca superior del Duero; apoderóse por medio de un ardid de guerra de la fortaleza de Osma y desde allí marchó contra San Esteban, cuyos habitantes, á la inesperada noticia, abandonaron espantados esta plaza bien fortificada, que habían defendido vigorosamente contra Ibn Abi Abda, y se refugiaron en la sierra; Abderraman hizo arrasar esta ciudad y la inmediata, llamada Clunia, una de las ciudades mas antiguas y de mas fama entonces en España. A Ordoño había cogido la invasión de los mahometanos al parecer de sorpresa, porque solo cuando estos habían abandonado las orillas del Duero y dirigiéndose á Tudela, donde Abderraman rechazó de la frontera de su imperio las fuerzas navarras con su rey Sancho y ocupó la línea del Ebro hasta Calahorra (1), acudió el rey de Leon al auxilio de su aliado, perseguido activamente por Abderraman hasta muy adentro de Navarra. Los cristianos le dejaron avanzar y se quedaron en las alturas espiando el momento favorable para precipitarse sobre el enemigo; pero Abderraman, tan cauto como valiente, decidió dar un golpe decisivo, y á fin de obligar al enemigo á bajar de las alturas, formó un campamento en el valle algo ancho de La Junquera, entre Estella y Pamplona (2). Los cristianos se dejaron engañar y bajaron de sus posiciones inaccesibles para caer sobre los mahometanos; pero estos estaban preparados y alcanzaron una victoria tan decisiva que quedaron dueños de casi toda la Navarra, la cual fué saqueada despues de haber tomado los mahometanos varias plazas fuertes, cuyos defensores fueron acuchillados. El botín que hicieron los mahometanos fué tanto, que quemaron una gran parte por no poder trasportarlo todo. Brillante había sido para Abderraman el éxito de esta campaña, pero no modificó de una manera permanente las fronteras de los Estados beligerantes. Ordoño, que en vigor y perseverancia poco ó nada cedía á Abderraman, emprendió ya en el año 309 (921) desde Zamora una expedición al territorio mahometano y lo taló hasta muy adentro. En 311 (923) reconquistó á Nájera, mientras Sancho de Navarra tomó por asalto á Viguera, á cuya guarnición, y en primer lugar á su comandante, individuo de la afamada familia de los Kasi, hizo acuchillar casi sin excepcion. Abderraman, ocupado entonces en extinguir con la conquista sucesiva de las plazas fuertes el foco de la sublevación de la Serranía, comprendió la necesidad de escalear radicalmente á los cristianos del otro lado del Ebro y volvió con este propósito y con numerosas fuerzas al Norte en el año 312 (924) cuando justamente había muerto Ordoño, en 924 (311), su adversario mas temible y mas digno de medirse con él. El sucesor de Ordoño, Fruela II, se limitó á enviar algunas tropas al auxilio de Sancho, que debía sostener el primer choque; pero no llegaron con la oportunidad necesaria para que el rey de Navarra pudiera resistir con buen éxito el ataque del emir: fueron inútiles sus esfuerzos para cubrir su capital; Abderraman le derrotó en varios encuentros, se apoderó de Pamplona, y si bien los habitantes la habían abandonado á tiempo, no fué por esto menos grande y positiva para el emir la gloria de haber conquistado la capital de uno de sus enemigos mas temibles. Gran número de

(1) La Calagurris de los antiguos, de modo que el nombre actual nada tiene que ver con la palabra árabe *Calá* (castillo).

(2) El lugar se llamaba Valdejunquera. (*N. del T.*)

casas fueron destruidas y la misma suerte cupo, con gran dolor de los cristianos, á la veneranda catedral y á una iglesia levantada por el rey Sancho en una eminencia próxima. Entretanto llegaron las tropas leonesas, pero demasiado tarde para que pudieran tomar el desquite los navarros, los cuales rechazados en todos los encuentros tuvieron que dejar marchar al ejército cordobés, que en su retirada, satisfecho de sus triunfos y cargado de botín, arrasó la ciudad de Calahorra.

No es mi propósito seguir exponiendo tan detalladamente como hasta aquí las luchas entre mahometanos y cristianos, que con raras interrupciones duraron siglos; si hasta aquí lo he hecho, ha sido con el objeto de poner en evidencia el genio universal, activo, enérgico, sagaz y prudente del mas grande de los soberanos mahometanos de España. La importancia histórica de estas guerras no está en sus éxitos varios, mas ó menos pasajeros, que alcanzaron hoy soberanos mahometanos, mañana soberanos cristianos, segun su diversa aptitud, la union y concordia en uno ú otro campo y las circunstancias ora favorables á este, ora á aquel de los contendientes, sino en su prolongación, consecuencia de la incompatibilidad irremediable entre las dos religiones y de la política que imponían á los respectivos soberanos, política que fué aumentando y exacerbando esta incompatibilidad hasta el extremo de excluir la mera idea de la existencia simultánea y pacífica de las dos religiones en el mismo país, á pesar de algun hecho aislado que no puede servir de prueba contradictoria. Era esta una lucha que no podía cesar sino con la desaparición ó expulsión completa de una de las dos religiones, y mientras la situación respectiva no deja colegir cuál de las dos saldrá vencedora, ni las victorias ni las derrotas de los mahometanos y cristianos tienen mas valor que el de hechos de armas aislados, que únicamente sirven para demostrar la fuerza de cada contendiente, y no modifican su situación respectiva durante mas de un siglo, hasta que los cristianos con la reconquista de Toledo consiguen dar á la guerra á muerte un nuevo rumbo que presagia la derrota final irremisible del Islam. Hasta llegar á este punto damos por sobrentendido que la guerra ardia constantemente y con fortuna varia en un punto ú otro de la frontera, sin producir ninguna modificación notable en la situación general, y por lo mismo solo referiremos aquí los golpes mas formidables de uno y otro contendiente, que alteran, aunque sea por un momento, el equilibrio entre los dos.

Uno de estos golpes amenazó en el año 325 (937) al imperio de Abderraman cuando justamente había adquirido su mayor extensión en todas direcciones á consecuencia de los siete años de contiendas civiles que destruyeron el reino de Leon despues de la muerte de Ordoño II y que dejaron á Abderraman tiempo para concluir la guerra en la Serranía, someter una tras otra las demás provincias á su autoridad soberana, robustecer la influencia del imperio de Córdoba en Africa con la ocupación de Melilla en el año 314 (926) y de Ceuta en 319 (931), poner de su lado á los berberiscos del Magreb y tener con esto en jaque á los fatimitas. La victoria de Ramiro II sobre sus competidores no creó por lo pronto á Abderraman, califa desde el año 316 (929), ninguna dificultad notable, porque Ramiro no pudo auxiliar á Toledo y las expediciones de tala que se hicieron mutuamente en el territorio enemigo en los años 321 y 322 (933 y 934) no llegaron á tener importancia trascendental. No sucedió lo mismo cuando Ramiro, en el año 325 (937), hizo alianza con García de Navarra, ó mejor dicho, con su madre varonil Tota, que gobernaba el país desde la muerte de su esposo Sancho en nombre de su hijo. Esta alianza

adquirió un carácter formidable por el apoyo que le prestó el lugarteniente mahometano, casi soberano de Zaragoza. A la muerte del tudschibida Ancar le había sucedido en el año 312 (924) su hijo Haxim, por lo cual suele llamarse su dinastía la de los Benu-Haxim, y á éste sucedió en 318 (930) otro hijo llamado Mohammed, el cual, no se sabe por qué motivo, entró en relaciones con el rey cristiano Ramiro, prometiendo reconocerle por soberano si le prestaba su auxilio al sublevarse contra Abderraman, que con su manifiesta tendencia á fiarse preferentemente de sus esclavos en perjuicio de los árabes, le había quizás inspirado temores respecto de su dominio en Aragon. En el citado año 325 (937) se formó la liga de todos los Estados del Norte contra el soberano de Córdoba; Mohammed se reconoció vasallo de Ramiro; la resistencia de algunos jefes leales fué vencida y el resultado de los 25 años de esfuerzos hechos por Abderraman estuvo entonces muy comprometido. Con su rapidez de siempre presentóse el califa en el lugar del peligro; tomó por asalto á Calatayud, defendida por un pariente de Mohammed, y con esta plaza fuerte por base de sus operaciones atacó con tanta energía ya á las fuerzas de Navarra, ya á las de Zaragoza, que pronto despejó el campo. Mohammed, sitiado en su capital, se vió obligado á capitular, y acordándose Abderraman que la familia del vencido era la mas influyente en el Norte, le concedió perdón en cambio de su promesa de no faltar ya mas á su fidelidad, y hasta le confirmó en su cargo de lugarteniente de Aragon. No tuvo que arrepentirse de su magnanimidad, porque durante medio siglo los tudschibidas continuaron siendo como antes fieles avanzadas del imperio mahometano contra los cristianos. Mientras por este lado quedó restablecido el orden, dos miembros de la familia del califa produjeron nuevos disturbios en el extremo occidental. Eran dos hijos de Isaac, Ahmed y Omayya, que colmados de mercedes por Abderraman se habían engreído demasiado y en lugar de agradecerlas y corresponder á su bienhechor con fieles servicios, habían tenido que ser alejados de la corte por su insolencia y conducta facciosa. Ahmed concibió el proyecto, á primera vista loco, pero no por esto menos peligroso, de entregar la España á los fatimitas, pero descubierto por la excelente policía del califa, fué preso y ejecutado. Su hermano Omayya se declaró soberano independiente en Santarem, entró en tratos con Ramiro y le auxilió en sus ataques á las comarcas mahometanas vecinas; pero abandonado por la guarnición de Santarem tuvo que huir y se refugió al lado del rey Ramiro, de Leon, al cual podía prestar servicios muy útiles como práctico del país y conocedor de la situación del gobierno. Abderraman, en vista de esto, decidió dar un gran golpe antes de que Ramiro pudiera aprovechar los servicios de Omayya; reunió segun el cronista un ejército de cien mil hombres, y como la España mahometana jamás había visto otro igual, dió el califa á su campaña el nombre de *arrolladora*. Sorpréndenos con razon en un hombre como Abderraman semejante petulancia, que raras veces produce el resultado con que se cuenta, como sucedió tambien en esta ocasion. La postergación sistemática de los árabes á favor de los esclavos había producido en el ejército mucha irritación, la cual llegó á su colmo con el nombramiento de general en jefe hecho á favor de un tal Nedschda, hombre de extracción baja, si bien en la inteligencia de que el mismo califa se reservaba el mando supremo. No era esta por cierto la primera vez que el califa confiaba mandos importantes á esclavos, como hizo con su visir Bedr; pero éste era soldado antiguo y curtido en la guerra y podía blasonar de grandes servicios y brillantes hechos de armas, mientras que Nedschda, el nuevo general en jefe, era, en opinion de

los postergados, persona oscura, un fanfarron necio y ridículo, á quien dignamente no creían poder obedecer los demás jefes, altos y bajos, descendientes de las familias árabes mas nobles y antiguas. Los descontentos se concertaron y decidieron enseñar á su soberano demasiado despótico que todavía no era tan independiente que no necesitara de la buena voluntad de sus súbditos árabes. Para esto convinieron en conducirse en la batalla con flojedad y perder así la campaña. Esta conducta, tan páfida como la de los adversarios del último rey godo Rodrigo en la batalla de Jerez de la Frontera, la pagaron los árabes como la habían pagado los visigodos. Abderraman, ignorando completamente la conspiración, pasó con su numerosa hueste el Duero, al Este de Zamora, y seguro de su victoria aceptó la batalla, que cerca de Simancas le ofreció Ramiro con su ejército, reforzado con las fuerzas navarras, en agosto del año 939 (327). Los jefes árabes, fieles á su compromiso, despues de una resistencia floja emprendieron la retirada y el califa no la pudo contener. Los cristianos, envalentonados, persiguieron al enemigo con tanto ardor que éste hubo de hacerles frente cerca de Alhandega; pero en mal hora lo hizo, porque las tropas estaban desalentadas y el ejército mahometano sufrió una derrota terrible y quedó completamente deshecho. Los cristianos hicieron en él una mortandad espantosa; el tudschibida Mohammed, que fiel á su promesa había tomado parte con su contingente en la expedición, cayó prisionero y poco faltó para que sucediera lo mismo ó peor á Abderraman; mas el califa se salvó, y cuando estuvo en sitio seguro se vió acompañado solamente de 49 de los suyos.

Esta derrota de los musulmanes facilitó al famoso conde de Castilla, Fernan Gonzalez (1), la ocasion, desde mucho tiempo deseada, de sacudir el dominio de su soberano el rey de Leon, odiado en toda Castilla, cosa irrealizable mientras los mahometanos estuvieran en posición de invadir la Castilla por el lado del Sur. Ramiro salió vencedor de esta contienda interior y aun hizo prisionero al vasallo rebelde; pero desde entonces la animosidad del pueblo de Castilla paralizó todas sus empresas, y aunque al fin Ramiro se decidió á devolverles su idolatrado conde, jamás pudo contar con las fuerzas de aquel territorio. Esto dió tiempo á Abderraman para organizar un nuevo ejército y borrar la mala impresión de aquella derrota, la mayor que sufrió en su vida; y en el año siguiente, 328 (940), empezó de nuevo las expediciones devastadoras al territorio cristiano, con tanto mayor éxito cuanto que los castellanos casi nada hicieron para impedirlo, pues que resentidos de los agravios hechos á sus condes, casi odiaban mas á los leoneses que á los agarenos. Entretanto las tropas de Abderraman saquearon el país á las órdenes de sus generales, porque el emir no volvió ya á tomar personalmente parte en ninguna campaña. El emir hizo fortificar de nuevo la ciudad de Medinaceli, para que fuese el baluarte principal del territorio mahometano contra los castellanos. Poco antes de morir, en 339 (950), alcanzó Ramiro otra gran victoria sobre el ejército cordobés cerca de Talavera; pero la muerte del rey, ocurrida en enero del año 951 (339), no permitió sacar de esta victoria las ventajas á que podía haber dado lugar. Muerto el rey estalló entre sus hijos Ordoño y Sancho, una sañuda guerra por la sucesión, en la cual se mezclaron Fernan Gonzalez de Castilla y Tota, la reina regente de Navarra; de suerte que toda la España cristiana estuvo desunida y los mahometanos pudieron repetir cada año sus invasiones de pillaje sin recibir apenas escar-

(1) Véase la *Historia de los Estados del Occidente*, por Prutz, que forma parte de esta obra.

miento. Cuando Ordoño III hubo salido vencedor de la contienda civil no tuvo mas remedio que ofrecer al califa la paz en condiciones ventajosas para éste en el año 344 (955). Abderraman no se mostró exigente y aceptó la paz, porque le pareció necesario dedicar su atención con preferencia á los asuntos africanos.

Ya hemos expuesto en la primera parte de esta obra la guerra indirecta que los fatimitas y los omniadas se hacían en el Magreb por medio de sus respectivos partidarios entre los berberiscos, y cómo á consecuencia de estas intrigas pasó la soberanía del Africa occidental alternativamente de una á la otra de las dos dinastías rivales, sin que ninguna sacara ventajas notables; porque estas contiendas entre las tribus berberiscas habian existido ya desde antiguo por cualquier motivo. Los berberiscos siempre estaban dispuestos á servir ya á los omniadas, ya á los fatimitas contra cualquiera en cambio de metálico ó de algun cargo lucrativo, pero sin perjuicio siempre de su independencia, de la cual eran muy celosos y la defendían contra todo conato de su soberano nominal y accidental y aun contra todo jefe de tribu nombrado lugarteniente por uno ú otro soberano en el Magreb y reconocido como tal, con ciertas limitaciones, por otras tribus. En realidad el Magreb continuaba siempre independiente y los omniadas solo podían suscitar por medio de los berberiscos dificultades á los fatimitas, mientras los fatimitas tenían que contentarse con imponer respeto á las kabilas con alguna campaña enérgica para amparar á las que eran aliadas suyas y resguardar así su flanco occidental, constantemente amenazado. En esta situación fué para Abderraman una ventaja inmensa la sublevación de la tribu de los Aurás, acudillada por Abu Yezid, contra el califa de Africa, que llegó con esto al borde de su ruina. Ya dijimos en la primera parte que en el año 333 (945) tomó parte en esta contienda desde Ceuta un ejército omniada mandado por Ibn Tomlos y sometió al califa cordobés momentáneamente una gran parte del país, hasta que el fatimita Mansur quedó por fin dueño del campo en su lucha desesperada con los berberiscos rebeldes. Entonces no solamente perdió Abderraman la mayor parte de las ventajas alcanzadas, sino que el antagonismo entre los dos imperios se exacerbó de nuevo. Los fatimitas no podían perdonar al soberano de España que hubiera querido contribuir á darles el golpe de gracia; y para los omniadas, el poder recién robustecido de su rival era mas que nunca motivo de inquietud. La ruptura abierta entre las dos potencias llegó á ser inevitable pocos años despues, cuando Moisés subió al trono en Mahdiya. Abderraman, á fin de conocer de una manera cierta las intenciones hostiles de su adversario, hizo apresar en el año 344 (955) un buque siciliano del cual sospechaba que era portador de documentos importantes. A este acto de guerra abierta contestó Moisés enviando una escuadra siciliana á saquear á Almería; Abderraman hizo anatematizar desde todos los pulpitos de España á los fatimitas como herejes siitas, y al mismo tiempo envió una expedición á Túnez, centro del poder fatimita, dando el mando de ella y de la escuadra á un liberto y servidor suyo llamado Galib, que era uno de los jefes mas considerados del ejército. La vigilancia del enemigo hizo aquel año imposible un desembarque, pero al año siguiente, 345 (956), logró Galib saquear toda la parte marítima desde Susa al Este hasta Tabarca en el Norte de Africa, en particular las inmediaciones de las dos ciudades y la de Mersa'l-jarás, cerca de Tabarca, á la cual incendió (1).

(1) Siento tener que discrepar en este punto de Dozy, que habla en su *Histoire*, III, pág. 77, de un desembarque de escaso éxito de Galib en el año 955 (344), y en la misma obra, pág. 87, del saqueo de Susa,

Esto, sin embargo, fué solamente el prelude de sucesos mayores. Echando mano de todos los recursos, se emprendieron grandes armamentos; pero entonces destruyó todos los cálculos un suceso inesperado, que fué la muerte de Ordoño III, ocurrida á fines del año 345 ó principios de 346 (primavera de 957); su hijo Sancho I, que le siguió en el trono, no quiso cumplir ciertas cláusulas del convenio de paz hecho con su padre, y fué menester emplear contra el reino de Leon las tropas reunidas contra el Africa. Encargóse del mando Ahmed Ibn Y'ala, que obtuvo una gran victoria sobre los cristianos; pero entretanto tuvo tiempo el califa fatimita para dar un gran golpe del lado del Magreb, donde se presentó á la cabeza de numerosas fuerzas en 347 (958) su general Schauher, que en este mismo año y en el siguiente sometió á Moisés todo el país hasta las inmediaciones de Tánger y Ceuta. Los generales de Abderraman, Ahmed, Bedr el Menor y otros, solo pudieron castigar las costas de Tremecen y de Cherchell y poner á Ceuta al abrigo de un ataque, que no tuvo efecto. Absorbía entonces toda la atención de Abderraman la situación política del reino de Leon, donde ocurrieron á principios del año 347 (958) nuevas complicaciones, que no tardaron en ocupar completamente al califa y á sus recursos. Sancho habia sido destronado por sus vasallos, á cuya cabeza iba Fernán Gonzalez de Castilla, los cuales pusieron en el trono al hermano de Sancho, Ordoño IV, que tuvo el sobrenombre merecido de *el Malo*. Esto redundó naturalmente en beneficio de los mahometanos, pero ni Abderraman ni nadie en toda la península pudieron sospechar toda la magnitud del triunfo que con este motivo reservaba el destino al califa como coronamiento brillante de su larga carrera. Sancho, el rey destronado, se refugió en la capital de Navarra, donde su abuela, la anciana reina viuda Tota, dirigía el gobierno del país con su conocida energía varonil. Indignada esta princesa de lo que habia pasado á su nieto, se mostró desde luego dispuesta á prestarle auxilio para recuperar el trono; pero como las fuerzas de Navarra no podían medirse con las del reino de Leon y Castilla, determinó solicitar el auxilio de Abderraman.

Mersa'l-jarás y Tabarca por Ahmed Ibn Y'ala en el año 958 (347), en cuyo apoyo cita á Ibn Adhari y á Ibn Khaldun, t. II, pág. 237, *Histoire des Berbers*, t. II, pág. 542 de la traducción; pero Ibn Khaldun dice expresamente: *En-Nasir, le souverain espagnol, confia aussitôt* (es decir, en 344) *à son affranchi Ghalib le commandement d'une flotte et l'envoya sur les côtes de l'Afrique. N'y pouvant effectuer un débarquement à cause de la résistance que lui opposèrent les troupes d'El-Moza, Ghalib remit à la voile; mais, étant revenu dans les mêmes parages l'année suivante* (á saber, 345) *avec une flotte de soixante-dix navires, il incendia Mersa'l-Kharez, devasta les environs de Souça et ravagea le territoire de Tabarca*. Lo mismo se lee en la *Historia de los Fatimitas*, tomo IV, pág. 46 de la edición de Bulak, y tambien viene á expresar lo mismo Ibn Adhari cuando dice: «Y en el año 345 saqueó el comandante de la escuadra del Násir, Galib, la parte marítima del territorio de los siitas en Africa.» Mas Ibn Adhari, hablando del año 347, refiere detallada y únicamente lo ocurrido en Córdoba, y luego que el día 1.º de Moharram salió de la capital por orden del califa el comandante (de escuadra) Ahmed Ibn Y'ala; y despues dice: «Y en Schumada II del mismo año (agosto-setiembre de 958) vino una relacion del comandante de la escuadra Ahmed Ibn Y'ala de la ciudad de Aslan (véase Dozy: *Corrections sur les textes du Bavan*, Leiden, 1883, página 58), distrito de Tlemcen, que decia... (sigue una relacion de la campaña del Schauher).»

A no tratarse de Dozy diria que el autor ha confundido la expedición de Susa, encargada á Galib, con la de la costa de Tremecen contra Schauher, pero acaso tenia este autor conociendo fuentes que no cita y segun las cuales resultara que Ibn Khaldun confundió las dos expediciones; pero aun así quedaria la contradicción de los años 344, citado por Dozy, y 345, citado por Ibn Adhari. De todos modos he creído necesario expresar y motivar mi duda, pero seguir en el texto las obras citadas, como lo hace tambien Fournel en su obra: *Les Berbers*, t. II, página 316, absteniéndome de emitir un juicio definitivo.

La hostilidad irremediable entre cristianos y mahometanos no habia impedido desde el principio de la conquista de España por los árabes que entre ambos elementos opuestos se hiciesen alianzas temporales contra un adversario comun, y de éstas podemos citar varios ejemplos desde la liga del berberisco Munuza con Eudes, de Aquitania, hasta la mas reciente inteligencia entre el tuschibida Mohammed y el rey Ramiro II; de modo que pocos escrupulos como cristiana hubo de tener la reina Tota cuando, como política, se decidió á solicitar el auxilio del califa Abderraman. Envió, pues, una embajada á Córdoba solicitando el auxilio armado del califa para restablecer á su nieto Sancho en el trono y pidiendo de paso un médico para restablecer la salud del mismo Sancho. En todos los países cristianos de aquella época eran poco menos que desconocidas las ciencias y las artes, mientras era grande la fama de los sabios judíos y paganos que vivían entre los mahometanos de España, en cuyo número habia muchos que con admirable habilidad investigaban las causas de las enfermedades y componían remedios para curarlas. No podia ser mas agradable esta solicitud para Abderraman, que luego se mostró muy dispuesto á asociarse con un enemigo de su religion para humillar á otro, pero al propio tiempo con la idea de aprovechar esta coyuntura para aumentar con una funcion de gran aparato la fama de su persona y poderío. Envió á Pamplona á uno de los hombres mas capaces de su imperio, al judío Jisdai Ben Xaprut, su ministro de Hacienda, médico de cámara y consejero intimo, uno de los diplomáticos mas hábiles de su época, cristiano, judío ó mahometano. Jisdai habia tomado parte en el convenio de paz con Ordoño III, y partió entonces con la mision, mucho mas difícil, de obtener de Sancho la promesa y la seguridad de ceder al califa algunos distritos de su territorio en cambio de la restitucion de su trono, y decidir á la reina Tota al paso nunca visto todavía de trasladarse con séquito regio á Córdoba para presentar personalmente su solicitud al califa, en la seguridad de que éste accedería á ella. Para comprender toda la importancia de este paso, basta tener presente que aquella enérgica mujer habia conducido tambien en persona sus tropas navarras contra Abderraman en la batalla de Alhandega. El astuto y sabio médico israelita consiguió decidir á la reina á emprender el viaje, y á Sancho, en el curso de la curacion de su enfermedad, á firmar un contrato en el cual se comprometió á ceder á Abderraman diez fortalezas si éste le reconquistaba su trono. Es de suponer que para alcanzar estos resultados contribuiría en gran parte la presión de la situación política que pesaba sobre la reina y su nieto. Fué un notable suceso, y algo mas que la satisfacción de una vanidad personal de Abderraman, el gran espectáculo que dió á sus súbditos de ver acudir á su corte implorando el auxilio del representante del Profeta á reyes cristianos. La reina Tota llegó acompañada de su hijo el rey García de Navarra, de su nieto Sancho, el rey destronado de Leon y Castilla, y de un séquito regio, siendo alojados en el magnífico palacio de Zahara. Abderraman los recibió amabilísimamente y puso á disposicion de Sancho un numeroso ejército musulman que reconquistó en el año 348 (959) la mayor parte de su reino y al año siguiente la capital. En este mismo año, 349 (960), fué hecho prisionero el conde de Castilla por García, que segun habia sido concertado, habia entrado en el país por el lado opuesto. Ordoño pudo salvarse á duras penas refugiándose en Búrgos y Sancho ocupó de nuevo el trono, esta vez por gracia del califa de Córdoba.

Envidiable en el concepto de los mortales fué la suerte de Abderraman En-Násir, porque el destino le concedió la mayor de las dichas, la de morir en el momento en que

pudo celebrar su mayor triunfo. Murió á la edad de 70 años á consecuencia de un resfriado, el 2 de Ramadan de 350 (16 (15) de octubre de 961), en la plenitud de su dicha y poderío, labrados por él mismo. Makkari, autor árabe, dice: «Cuéntase que en los papeles que dejó En-Násir escritos de su mano, se encontraron apuntados por años, meses y días, todos aquellos días que habian sido de alegría para el califa, sin ser turbados por ningun disgusto. Estos días han sido contados y han resultado ¡catorce! ¡Horrorízate, oh hombre inteligente, de este mundo que nada ofrece sin mezcla de pena, y que tan avaro se muestra para con sus hijos, á los cuales nunca concede plena satisfacción! Ahí tenemos al califa En-Násir, el compañero constante de la fortuna, cuya elevacion y logro de lo mas alto en este mundo se han hecho proverbiales y que ha tenido en sus manos el poder 50 años (1), 6 meses y 3 días, y solo pasó 14 días sin pena. Glorifiquemos á aquel cuyo poder y reinado es constante. ¡No hay otro Dios mas que él!»

Verdad es lo que dice el honrado escritor mahometano y lo confirmó de nuevo otro varon grande casi nueve siglos despues; solo que entre la dicha sin mezcla y la desdicha hay muchos grados en que la vida no deja de ser todavia muy tolerable, y Abderraman el Salvador (En-Násir) habia procurado que quedasen á sus sucesores muchos escalones que bajar antes de llegar á la desdicha verdadera. El sucesor inmediato de Abderraman creyó poder sostenerse en la cumbre á que habia llegado por su padre, y talento para lograrlo no le faltó. Era el hijo de Abderraman, El-Hakam II, llamado como califa El-Mustansir-billah (el que busca el auxilio de Allah); contaba 46 años cuando subió al trono; era inteligente y de mucho talento, y habiendo sido empleado por su padre en el gobierno del país, habia adoptado los principios políticos de Abderraman; de suerte que era hombre de gran experiencia cuando empuñó el timon del Estado y le manejó con inteligencia y energía 15 años, desde 350 (961) hasta 366 (976). Tenia fama de amante de la paz, y en efecto, le gustaba mas conservar que conquistar, lo cual sabido por los monarcas cristianos del Norte les indujo á faltar á lo que habian prometido á Abderraman. Sancho no entregó las diez fortalezas, y García, en lugar de enviar á Fernán Gonzalez á Córdoba, como le habia pedido el califa, puso en libertad á tan importante prisionero con la condicion de separarse de la causa de Ordoño IV. Los castellanos empezaron entonces á hacer expediciones al territorio mahometano, y Ordoño huyó á Córdoba, donde tuvo la baja de implorar de rodillas el auxilio del nuevo califa. Como buen político, pensó Hakam utilizar á este hombre; le prometió su auxilio y dispuso lo necesario para emprender la campaña contra Sancho. Este, noticioso de los preparativos de guerra, ofreció cumplir todo lo pactado; pero habiendo muerto poco despues Ordoño, en 351 (962), y no habiendo otro competidor á la corona de Leon que pudiese servir al califa de pretexto, volvió Sancho á olvidar su promesa. Entonces le probó Hakam que su amor á la paz no era debilidad y que tenia sus límites. En el año 352 (963) salió en persona á campaña, y sus generales Galib y Yahya, hijo del tuschibida Mohammed, que recuperó su libertad el año 329 (941), derrotaron tan completa y repetidamente á las fuerzas navarras y castellanias que en 355 (966) los cristianos solicitaron en todas partes la paz. Hakam la concedió y esta vez fué duradera, excepto por la parte de Castilla hasta la muerte de Fernán Gonzalez, ocurrida el año 359 (970). Hakam era amante de la paz, pero solo cuando era honrosa.

(1) Años lunares. Vivió 73 años lunares y reinó 50.